

**La facultad
de las cosas inútiles**

**La facultad
de las cosas inútiles**

YURI DOMBROVSKI

EPÍLOGO Y NOTAS DE
MARTA REBÓN Y FERRAN MATEO

TRADUCCIÓN DE
MARTA REBÓN



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Факультет ненужных вещей

© CLARA TURUMOVA DOMBROYSKAYA, 1990, 1978
First published as *The Faculty of Useless Knowledge*
by Harvill Press (English translation), 1996

Primera edición: 2015

Traducción
© MARTA REBÓN

Epílogo y notas
© MARTA REBÓN y FERRAN MATEO

Imagen de portada
Perro semihundido, 1820-1823, Francisco de Goya.
© Madrid, Museo Nacional del Prado

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2015
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Impresión
KADMOS

ISBN: 978-84-15601-86-9
Depósito legal: M-13348-2015

Impreso en España



Publicado con el apoyo del Instituto de la Traducción, Rusia.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE	13
1	15
2	51
SEGUNDA PARTE	145
1	147
2	201
3	219
4	233
5	255
6	267
7	273
TERCERA PARTE	293
1	295
2	327
CUARTA PARTE	409
1	411
2	433
3	445
4	469

QUINTA PARTE	525
1	527
2	535
3	653
LISTA DE PERSONAJES	671
EPÍLOGO	
Por MARTA REBÓN y FERRAN MATEO	675

A Anna Samóilovna Bérzer,¹ con
profunda gratitud en mi nombre
y en el de otros como yo.

1. Editora y crítica literaria rusa (1917-1994). Trabajó estrechamente con Yuri Dombrovski en la edición de su novela *El conservador de antigüedades* y de otras obras suyas para su publicación en la revista literaria *Novi Mir*. [Todas las notas, salvo que se indique lo contrario, son de la traductora y de Ferran Mateo]

«Y, cuando nos pregunten lo que hacemos, podemos decir: "Estamos recordando". Ahí es donde venceremos a la larga. Y, algún día, recordaremos tanto que... excavaremos la mayor sepultura de todos los tiempos».

RAY BRADBURY

«La nueva era se distingue de la antigua principalmente porque el látigo empieza a imaginarse que es genial».

KARL MARX

PRIMERA PARTE

Los arqueólogos excavaban la tierra, se afanaban con gran empeño y, aun así, el trabajo no daba fruto alguno. Entretanto, agosto tocaba ya a su fin: sobre los puestos de los mercados y sobre los jardines caían lluvias repentinas y oblicuas (en Almá-Atá siempre llueve en esta época del año) y como mucho quedaba un mes de trabajo al aire libre.

Pero de día seguía haciendo un calor sofocante: el enorme hervidor blanco de la expedición se calentaba tanto que no se podía tocar. Si ibas por la montaña y derramabas agua del cubo, el charco se secaba al instante, y la tierra se quedaba igual de árida, indiferente y gris. Un día, uno de los trabajadores de la expedición sufrió una auténtica insolación y se armó un gran alboroto. Corrieron al centro médico del koljós¹ en busca de una camilla. La apoyaron en la pared y cuando Zibin —jefe de la expedición del Museo central de Kazajistán— se inclinó sobre ella notó que de la lona gris emanaba un olor a yodoformo y a fenol que por poco le hizo soltar el mango. Fuera estaban el jardín, el viento, la fragancia de hierbas y de manzanas, el brillo y el temblor de las hojas, sus afiladas sombras oscuras recortadas en la hierba; aquí, el hospital y la muerte.

Bueno, y luego todo ocurrió muy rápidamente: cubrieron al enfermo con una colcha verde afelpada y lo transportaron abajo. Todo el mundo gritaba de un modo absurdo: «¡Con cuidado, con cuidado! Pero ¿por qué lo llevan así? ¡Es un enfermo!» . Al pie de la montaña pararon un camión de cinco

1. Explotación colectiva en la Unión Soviética en la que se compartían el trabajo y los beneficios. Los trabajadores fueron obligados a prestar servicio en estas asociaciones regidas por bases cooperativistas después de que se aplicara la política de colectivización en 1929-1931.

toneladas (a esa hora todos los vehículos volvían de vacío de las casas de reposo), levantaron la camilla con cautela y la colocaron junto al motor —allí habría menos traqueteo—, y acto seguido, dos jóvenes excavadores, con las botas muy relucientes, subieron de un salto al vehículo y se sentaron a ambos lados de la camilla. Se las habían ingeniado para plancharse la ropa y limpiarse en algún sitio, e iban bien lavados y peinados. En cuanto a la jornada de trabajo, por supuesto, se había echado a perder. Todos se dispersaron por el jardín, algunos fueron hasta el río y un acordeón sonó entre los arbustos mientras una chica cantaba dando berridos.

Sus berridos eran como son siempre en las fiestas de pueblo: aullidos de gato, estridentes, muy altos.

—¡Ah, escúchelos! —dijo con gran deleite Kornílov, levantando su cabeza cegada por el jabón—. ¡Se lo están pasando en grande! Qué trabajadores tenemos, ¿eh, Gueorgui Nikoláievich? Los tipos perfectos para dar con un tesoro.

Eran dos. El jefe de la expedición, Gueorgui Nikoláievich Zibin, y el arqueólogo Kornílov. Los dos hombres estaban en un gélido torrente de montaña (era el río Almaatinka) con unas latas blancas de compota de un litro y se duchaban de la cabeza a los pies sirviéndose de los recipientes.

—Ah, al diablo con ellos —dijo Zibin—. De todos modos el día se ha perdido.

—Es verdad, maldita sea, el día se ha perdido —asintió lánguidamente Kornílov y se sumergió en el torrente hasta los hombros—. Pero sabe qué significa eso, ¿no? —siguió diciendo tras emerger a la superficie y ponerse a resoplar—. Significa que, mientras nos preocupábamos por el tal Polikárpov, alguien ya había salido disparado a la oficina, donde Potápov, para ir en busca del acordeón; lo que, te lo digo yo, no son menos de dos kilómetros a través de la montaña. Lo comprobé una vez, reloj en mano, mientras iba allí: media hora, dos kilómetros por lo menos.

—¿Ha visto a Potápov hoy? —preguntó rápidamente Zibin.

—Sí, lo vi... Y qué gritos daban, los bastardos, qué gritos. Uno de ellos entró corriendo en mi tienda de campaña. Yo estaba revelando una película, y el muy cerdo abrió a sabiendas la tienda de par en par. «Un compañero se está muriendo, y usted aquí revelando su...». Un compañero muriéndose, maldita sea. ¡Como si le importara mucho! —Y volvió a zambullirse hasta los hombros en el torrente.

Zibin esperó a que emergiera, resoplase, despotricara y abriese los ojos, luego dijo:

—Se hartaron de nosotros, Volodia.² Están cansados, desilusionados, han perdido la fe. («Sí, así es —aprobó Kornílov—, exacto, han perdido la fe, esos canallas»). ¿Recuerda cómo era, al principio? Lloviera o hiciese calor, allí estaban ellos royendo la montaña como castores. Pero ahora que han pasado dos meses y no se ha encontrado nada, ni una tinaja ni un cuerno... Bueno, es lógico... Al menos debería haber encontrado algunos huesos más de animales.

Kornílov estaba de mal humor, taciturno, y se frotaba con el agua gélida el vientre, el pecho y el cuello hasta enrojecerse la piel. Sus movimientos eran amplios y vigorosos. Cuando Zibin le mencionó los huesos de animales de repente se quedó inmóvil y preguntó:

—¿Nadie me llamó por teléfono mientras estaba en la ciudad?

—No, no... —empezó a decir Zibin, aburrido, y de pronto dio una palmada—. ¡Ah, sí, le llamaron, dos veces, además! Potápov respondió por usted. Le llamó una mujer. Dije que le dieran el teléfono del museo. ¿Hice bien? ¿Se puso en contacto con usted?

A Kornílov se le iluminaron los ojos.

—¿Una mujer? —Tomó una toalla de felpa de una gran roca azul y empezó a secarse veloz, ágil y contento la espalda, como si se la quisiera serrar. Bajo, bronceado, musculoso y moreno,

2. Forma hipocorística de Vladímir, nombre de Kornílov. Véase la lista de personajes publicada como anexo al final.

sus movimientos eran extremadamente briosos. Todo en él estaba en continuo movimiento: brazos, espalda, músculos, labios, ojos. «Qué artista —pensó Zibin, admirándolo—. ¡Oh, qué artista! Como si estuviera en los baños Sanduní».³

—Hizo bien, hizo bien, querido Gueorgui Nikoláievich —exclamó con jovialidad Kornílov—. Y no sólo bien, sino que muy pero que muy bien. —Formó una bola con la toalla y se la lanzó a Zibin—. Prepárese, póngase los pantalones de gala y andando. El director debe de llevar años esperándonos.

Siempre hablaba así cuando estaba excitado: «de gala», «andando» o incluso decía: «Cuando lo veas te quedarás de una pieza».

—¿El director? —Zibin tuvo que sentarse en una roca (¡con aquel barullo sólo le faltaba el director!)—. Pero seguramente no esté...

—¿Cómo que no? —respondió Kornílov en tono alegre y cordial, mirando jovialmente su cara ancha y blanca y sus claros ojos acuosos que, por un instante, habían adquirido una expresión algo obtusa—. ¿Y por qué no, querido Gueorgui Nikoláievich? Él le tiene aprecio, ¿no? Y cuando el director de nuestro museo aprecia a alguien va a verlo en persona y lleva invitados. ¡Y qué invitados! Se quedará de una pieza cuando los vea. Me lo dijo así, tal cual: «Espere, ya vengo». Andando, vamos a buscarlos.

Los dos hombres ascendían por la suave pendiente de la colina a través de los arbustos. En un saliente Zibin se detuvo en seco y le dijo con dulzura a Kornílov:

—Volodia, eche un vistazo allí, en dirección a la carretera.

—¿Qué?

—Parece un grabado antiguo.

Ya oscurecía. Una niebla tenue se extendía por los contornos de la colina, y todo —color fuego sangre, azul celeste,

3. Casa de baños de Moscú, inaugurada en 1808. Punto de esparcimiento para la elite artística y financiera de la ciudad rusa.

verde oscuro, violeta y simplemente blanco—, las redondeadas hojas de la arboleda de álamos temblones impregnadas ya de un púrpura vino, los copiosos nomeolvides en el claro pantanoso, los enfurecidos juncos negros, el prado húmedo, de un verde intenso, también puro y abundante como brotes de cebolla, donde blancas umbelas afilegranadas se balanceaban frente a los altos y duros tallos de epilobio, salpicados de delicadas hojas puntiagudas y flores violetas... Toda esta sinfonía de colores, inmersa en el crepúsculo y la niebla, se atenuaba, se desvanecía, volviéndose distante e irreal.

—Parece un antiguo grabado debajo de un papel tisú—repitió Zibin.

—Pero mire por dónde pisa—gritó de pronto Kornílov con gran enfado—. Se ha ensuciado los pantalones de gala. ¡Oh, qué calamidad!

Zibin se había metido en un arbusto de ajenjo estepario, que lo había manchado con su pegajoso polvo amarillo.

—Y ahora con las manos... ¿Qué hace con las manos?—gritó aún más irritado Kornílov—. Se está ensuciando todavía más. En cuanto lleguemos, habrá que conseguir un cepillo seco y frotar a base de bien. Pero con un cepillo, no con las manos. Si no, no servirá de nada. —Sacudió la cabeza con aire risueño—. Ah, Señor, me parece ver ya al comité... Llegarán, echarán un vistazo y ¿con qué se encontrarán? Con los trabajadores poniéndose ciegos de vodka. A uno de ellos se lo llevaron ya medio muerto. Y con el personal científico achispado y su jefe sin pantalones en su choza. ¡Bonito espectáculo! Y qué pasa con los resultados científicos, ¿eh?

—Ahí están sus huesitos, Volodia—dijo con suavidad Zibin—. Sus cuernos y sus pezuñas. Se los enseñaremos. No los ha enterrado todavía, ¿verdad?

Kornílov lo miró enigmáticamente.

—¿Y por qué iba a hacerlo?—dijo—. Para qué enterrarlos si...

La historia de los huesos era la siguiente. Cuando, después de los primeros y tímidos éxitos de la expedición, se sucedió una

ininterrumpida serie de fracasos, Kornílov, guiándose por signos sólo comprensibles para él, decidió de buenas a primeras que en el lugar donde estaban excavando no encontrarían nada, pero que si se ponían manos a la obra en aquella pequeña ladera en suave declive, en el sendero de manzanos...

—Seguro que es un túmulo funerario —trataba de convencer a Zibin—. Uno muy rico, probablemente sea una sepultura de caballos. Hay que intentarlo cueste lo que cueste. Sí, tenemos que hacerlo.

Excavaron mucho tiempo, pero los esfuerzos fueron baldíos. Cambiaron de lugar varias veces, surcaron todo el terreno y por fin se produjo el hallazgo. Desenterraron una gigantesca tumba llena de huesos. Al parecer, habían volcado allí los restos de un épico festín para un millar de invitados: ¡vacas, ovejas, cabras, caballos, cerdos! En fin, es poco probable que alguien hubiera visto antes semejante montaña de huesos. Bueno, así que después de desenterrarlos volvieron a sepultarlos: ¿qué más se podía hacer con esos huesos? Pero por el koljós corrió la voz de que los científicos habían desenterrado un cementerio de animales enfermos de muermo. ¡Menudo escándalo se armó, entonces! Primero se sublevó el koljós. Luego se inquietaron las damas de la casa de reposo del Consejo de Comisarios del Pueblo, después de lo cual empezaron a sonar y a zumbar todos los teléfonos del Comisariado de Salud Pública para declarar la alerta. En el sitio arqueológico desembarcó en tromba un comité del departamento epidemiológico, formado por jóvenes científicos con lentes circulares sujetas por la nariz, con aspecto de terroristas y equipados con botiquines, tubos de ensayo y matraces. La fosa se abrió de nuevo, la acordonaron y apostaron de vigilante a un tipo lúgubre con pistolera. Mientras se hacía el análisis, en una fiesta les rompieron la cabeza a dos excavadores de la expedición. «¡Propagando el muermo, eh, malditos! ¡Ya veréis cuando atrapemos a vuestro jefe! ¡Os retorceremos a todos el pescuezo!» El pescuezo, a decir verdad, no se lo retorcieron a nadie, y el comité se fue después de redactar un informe con la conclusión de que

los huesos, dada su antigüedad, no entrañaban ningún peligro para la salud. Aun así, todo habría podido ir muy mal, de no haber sido por el jefe de brigada Potápov. Él, pozo de sabiduría, llevó al amanecer dos cubos de fenol y los vertió en la fosa. El hedor, por supuesto, fue espantoso, pero tranquilizó de inmediato a todo el mundo. Era el olor de la década de 1920, olor a estación de tren, a barracones, a puntos de encuentro, a oficinas de control, es decir, algo sumamente cotidiano en la vida de cualquier individuo; en cualquier caso, el muermo emergido de la tumba milenaria no olía así.

El director no tuvo noticia de este incidente hasta un mes después, cuando volvió de un viaje oficial urgente a la capital. Convocó a Zibin y, con el ceño fruncido (aunque sus ojos reían), dijo:

—Bueno, pasaremos por alto el hecho de que ha sepultado el dinero del Estado en mi ausencia, la ciencia sabe mucho de intrínquilis, pero nadie está al tanto de qué es un *intrínquilo*, así que no habrá preguntas. Pero... ¿Y si los koljosianos os hubieran roto vuestras doctas crismas? ¡No respondo por vosotros, idiotas!

Así que la fosa quedó abierta en mitad del jardín despidiendo olor a años veinte, y todos los que pasaban por delante de ella escupían y echaban pestes de los científicos.

... Kornílov lanzó una mirada enigmática a Zibin.

—¿Y por qué iba a enterrarlos? —preguntó—. ¿Para qué hacerlo, si mañana se los llevarán a la ciudad?

—¿Y eso por qué? —Se detuvo Zibin—. ¿Para hervirlos y hacer gelatina?

—Porque... —respondió Kornílov con una admirable ligereza—, porque, querido mío, el Instituto de Veterinaria nos compra los huesos. Por eso vendrá mañana el director acompañado del profesor Dubrovski. Él lo revisará todo, hará el inventario y luego nos enviará el pago. Pero, como dicen los holgazanes, eso será mañana, no hoy. A usted le he dicho que era hoy para darle un susto.

Zibin se echó a reír.

—No ha colado, Volodia. Se equivocó de apellido. Debería haber escogido otro. Al profesor Dubrovski hace cosa de un mes que lo arrestaron.

—Pero no me refiero a ése, querido mío —replicó con afecto Kornílov—. Ése es historiador, palomito, y éste, veterinario.

Zibin miró a Kornílov con ganas de decirle algo mordaz pero de pronto se contuvo. Se acordó de que realmente había dos Dubrovski, y uno de ellos, el mayor, era titular de la cátedra de zoología en el instituto.

—No, ¿de veras? —preguntó con timidez (las rodillas de sus pantalones estaban completamente amarillas).

—Es la santa verdad —respondió con mucha convicción Kornílov—. Hemos vendido los huesos de los animales de pura raza de los siglos III y IV. ¡Sigue sin creerme! ¿Sabe qué haremos, entonces? Potápov tiene un icono auténtico de Nikola Mirlikiski. Vamos, juraré delante de él. También hay vodka. Vamos.

Zibin se inclinó y empezó a sacudirse el polvo de las rodillas dándose bruscos golpes laterales con las palmas. Kornílov, desde arriba, lo miraba. Los pantalones de Zibin ya no le preocupaban lo más mínimo.

—Es usted un genio —dijo finalmente Zibin con aire resuelto, levantando la cabeza de sus rodillas, ahora irremediablemente manchadas de color aceituna oscura—. Un segundo Ostap Bénder.⁴ Inventar algo así... ¡No, es usted un auténtico genio!

—No fui yo —respondió con modestia Kornílov—. Seré un genio, seré un Ostap Bénder, pero a mí sólo me corresponde la idea general; la puesta en práctica, en cambio... —Hizo una pausa enigmática—. Mañana verá esta puesta en práctica. Oh,

4. Personaje de ficción que aparece en *Las doce sillas* (1928) y *El becerro de oro* (1931) de los escritores satíricos Iliá Ilf y Yevgueni Petrov. Paradigma del pícaro soviético.

ya dan la señal. ¡Las gachas están listas! Vamos a ver a Potápov. Le he dicho: ¡ten paciencia, te traeré a tu científico!

El comité llegó de improviso hacia el final de la tarde del día siguiente, en dos coches. En el primero, un destartado y ensordecedor M-1 que toda la ciudad conocía porque era el del museo, iban el director y el abuelo carpintero. Por qué habían traído al abuelo era un misterio. Pero allí estaba él, fumando altanero y extendiendo la mirada a su alrededor. Ahora a un lado, ahora al otro. Parecía que no había probado una gota de alcohol.

«Toda un águila», pensó Zibin.

La tercera ocupante del coche era una chica alta y muy guapa, con un aire hindú: tez mate, cara oblonga y limpia, cabello negro brillante. Klara Fazuláievna, la jefa del departamento de conservación. Miraba más allá del coche, sumida en sus pensamientos. Detrás del M-1 iba otro coche: largo, sutil, amarillo, impetuoso como un galgo o un lebrél (Zibin no tenía ni idea de marcas de automóviles). En su interior sólo viajaban dos personas: un viejo alto y demacrado con un traje de tesor —el profesor Dubrovski— y un pequeño alemán gordinflón, blancuzco, cubierto de pecas, que llevaba gafas, un casco de corcho y una cámara fotográfica colgada en bandolera. Era su asistente, Artur Guérmanovich, e iba al volante.

El coche del museo alcanzó un montículo, se encaramó a él gruñendo y se detuvo, tambaleándose y rugiendo. El abuelo y el director bajaron de un salto. Klara se quedó dentro. El director le preguntó o le dijo algo (apuntó con un dedo a las tiendas de campaña y resopló), pero ella, a modo de respuesta, se limitó a encogerse de hombros. Los dos arqueólogos los miraban desde la cima de una colina cercana. Alrededor estaban los trabajadores: algunos con el pico, otros con la pala. En ese momento se encontraban excavando justamente esa colina. Pero ahora conjeturaban que no se trataba de una ciudadela, sino de la tumba de un jefe, de un kurgán.

—¡Otra media jornada que se va volando! Y la mejor parte del día, cuando hace más fresco —suspiró Zibin, mirando la carretera—. Bueno, qué se le va a hacer, Volodia, vaya a recibirlos. Yo, entretanto, me acercaré a la tienda. Ya que han traído al abuelo, es lo menos que podemos hacer. —Y arrancó a correr colina abajo.

Kornílov lo miró alejarse un segundo, mientras pensaba algo, y luego gritó:

—Pero ¡compre sólo vodka! ¡Tenemos vino espumoso, está en el río!

—¿Cómo es eso? —Zibin se detuvo, sorprendido.

—Lo que oye —le espetó Kornílov deslizándose colina abajo.

Zibin se quedó un rato pensativo y se encogió de hombros.

—¿Qué le ha dado con el vino espumoso? —se preguntó, perplejo—. Él siempre...

—Ella le ha fallado —le explicó con jovialidad un chico que estaba a su lado—. No ha venido. ¡Por eso le vende sus provisiones!

—¿Quién? ¡Oh, tonterías! —agitó bruscamente Zibin la mano y se dispuso a emprender el descenso. Pero justo entonces otro de los trabajadores, Mítrich, un hombre de mediana edad, apático, incluido en la expedición por el jefe de brigada Potápov (pues, de todos modos, era de poca utilidad en el koljós), confirmó con autoridad:

—Sí, ella estuvo aquí, sí que vino. Él llegó con ella de la ciudad. Aparcaron cerca del río (era la mujer quien conducía) y fueron directamente a la fosa. Él le decía: «Espere, que se lo enseño... Allí, allí, ¿lo ve?». Él agarró su sombrilla y con ella empezó a hurgar el terreno. La mujer se llevó enseguida el pañuelo a la nariz: «Pare, déjelo, ya lo he entendido».

Todos se echaron a reír. «No les cae bien Kornílov», pensó Zibin y no supo si eso le resultaba agradable o no; en cualquier caso se dio cuenta en ese instante de que Kornílov también podía no caer bien.

—Bueno, ¿y qué pasó luego? —preguntó.

—Luego vinieron a verme. «Mítrich, tienes invitados». Mi mujer les preparó a toda prisa un huevito con cebolla, y a

mí me enviaron a buscar coñac. Al volver cogí tres manzanas para ella, las más grandes de la cosecha; ella incluso se asustó: «¡Oh, qué tamaño! ¿Crecen así de grandes?».

Zibin echó una ojeada a los trabajadores. Escuchaban y sonreían.

—Pero ¿quién es ella, entonces? —preguntó Zibin, desconcertado—. ¿De dónde ha salido?

—¡Que de dónde ha salido! —replicó Mítrich con gran placer—. ¡De dónde, no lo sé! No oí que lo dijeran. Pero entendí lo siguiente. Parece ser que a usted lo conoció en algún sitio. O bien pasaron juntos unas vacaciones o hicieron un viaje a alguna parte.

—¿Connigo? ¡No! —dijo Zibin—. Eso es imposible.

—No, seguro, seguro, ella le conoce; ¡estaba muy interesada! Ella le decía: «Ahora no me reconocerá». Y él: «Sí que lo hará». Después él se fue corriendo y le trajo dos cráneos... De cabra, creo. El mantel estaba limpio, y va él y los pone directamente encima de la mesa. Mi mujer tuvo que lavarlo luego con ceniza. Más tarde se fueron juntos al río... —Hizo una pausa y añadió—: ¡A lavarse las manos!

Todos estallaron al unísono en una carcajada.

—Muy bien, Mítrich, vamos, me echarás una mano. Mientras ellos...

—Ah, qué guapa era... —dijo Mítrich, siguiéndolo—. ¡Re-llenita! ¡El cabello rubio, unos veinticinco años, no más! ¡Qué peinado! ¡Qué brazaletes! ¡Qué reloj!

Las nubes se habían dispersado, el sol se asomó y de pronto hizo mucho calor. En general, el verano había sido seco. Los aguaceros no habían llegado hasta hacía poco —unas lloviznas finas y oblicuas—, el tipo de lluvias que llaman de setas cuando caen cerca de Moscú o de Riazán. Aquí, la tierra, exhausta por el calor, las acogía con avidez, abierta con todos sus barrancos y colinas, con todas sus hectáreas de oscuros tréboles y blancas campanillas, con todas las hojas mustias de sus arbustos. Pequeños paracaídas blancos flotaban en el aire:

eran los dientes de león que perdían su flor. Las irreales, tier-
nas y azules achicorias, en sus tallos altos, nudosos, fuertes y
rectos como cuerdas, se marchitaban y se tornaban de color
rosa porcelana, blancas, grises, incoloras. La canícula tem-
blaba como el vapor sobre un samovar. Y alrededor las cigarras
cantaban con todas sus fuerzas. Con el mal tiempo enmude-
cían, pero cuando hacía sol escogían las pendientes más ári-
das, quemadas por la canícula, y entonces todo vibraba con su
canto chirriante. Era tan mortalmente monótono que a Zibin
le parecía que durante todos esos meses no le había rodeado
simplemente la quietud, sino un silencio mortal. Pero ahora
todo a su alrededor volvía a estar lleno de menudas esquiras
de sonido que, punzantes, herían. La hierba cantaba, gemía,
chirriaba. Zibin incluso distinguía voces separadas. Alguien
pedía clara y quejumbrosamente: ven, ven, ven... Y allá, escu-
chándolo hasta el final, llegaba una respuesta nítida y enojada:
¡no, no, no! Al pasar junto a una umbela, Zibin la vio... Una
hembra verde, de ojos grandes, como si la hubiesen recortado
de una plateada hoja blanquiverdosa de maíz. ¿Una hembra?
—pensó—. Pero las cigarras hembra no cantan, me parece...

El director y el profesor Dubrovski estaban en mitad del
claro. Y los acompañaba Klara.

—Empapa tu vientre de vino. Las constelaciones han com-
pletado su ciclo. Suavemente canta la cigarra, agazapada, y se
lamenta del calor —dijo Zibin, acercándose y estrechando la
mano de Klara—. Un poema de Alceo, en traducción de Vere-
sáiev, obras completas, tomo nueve. ¡Buenos días, camaradas!

—No, para el vino es muy probable que tengamos que
esperar —respondió con jovialidad el director—. Por el mo-
mento, tú y yo todavía no nos hemos ganado ni un vaso de
kvas.⁵ Así que, al parecer, no hay motivo para empapar el vien-
tre. ¡Bueno, hola, hola, conservador! Hemos venido a verte por
esos huesos.

Le hablaba mirándole a la cara con ojos bondadosos, ri-
sueños.

5. Bebida fermentada elaborada a base de pan de centeno.

—Pero, quizá, usted y yo sí que nos lo hayamos ganado —dijo Klara en voz baja al director.

—Pero usted y yo —dijo el director mientras agitaba una mano—, usted y yo, como todo el mundo sabe, valemos nuestro peso en oro. Somos gente práctica, precisos, con nosotros no se juega. Así es. —Se volvió hacia el profesor—. Permítanme que los presente... Éste es Gueorgui Nikoláievich Zibin. Habrá leído en *Kazajstánskaia Pravda*⁶ su artículo sobre la biblioteca. ¡Ah, menudo alboroto se armó! Pero para nosotros es el conservador de antigüedades. El que dirige todos los trabajos. Y éste, conservador, es Nikolái Fiódorovich Dubrovski, del Instituto de Veterinaria, y quiere comprarte tus huesos. Bueno, ¿se los cedés o qué?

«Volodia es un genio», pensó Zibin, pero dijo:

—¿Cederle qué? Pero si los han empapado en fenol. No hay manera de acercarse a ellos.

—¡Oh, eso no importa! En absoluto —entonó el canoso profesor Dubrovski con vehemencia, como un predicador—. Nosotros, querido colega, los pondremos en remojo y los lavaremos. No se imagina lo que obtendremos de ellos. Su fiasco es para nosotros un enorme golpe de suerte. En ninguna parte hay tanta cantidad de material óseo de ganado de pura raza de Asia Central de principios de nuestra era. Y para Artur Guéermanovich —inclinó la cabeza en dirección a la fosa— es el hallazgo de un auténtico tesoro. ¡Es hipólogo! Ahora mismo está escribiendo su tesis sobre la historia del caballo kirguís y su relación con el caballo de Przewalski. Mire. —Apuntó más allá del claro—. ¿Lo ve?

Zibin miró y sonrió. El pequeño alemán —como lo había bautizado al instante— se había arremangado los pantalones y descendía a la fosa. Detrás de él saltó también Kornílov.

—Y allí va también nuestro idiota —dijo el director, molesto, y gritó—: Vladímir Mijáilovich, si rebuscas en esa porquería, ahora mismo te mando a lavarte las manos con agua hirviendo. ¡Puedes pescar una tonelada de sífilis antediluviana!

6. *La verdad de Kazajistán.*

El profesor se echó a reír y puso una mano sobre la espalda del director.

—¡No, no, eso es imposible! —dijo con aire pensativo—. Una precaución sin fundamento, mi querido Stepán Mitrofánovich. Usted mismo lo ha dicho, tienen mil quinientos años. ¡Cómo van a contagiar...! —De pronto tomó elegantemente al director del brazo, con las maneras de un profesor—. Mejor será que vayamos a echar un vistazo...

... Los huesos formaban una densa pila. Por arriba el fenol los había ennegrecido, pero bastaba con removerlos para que se tornaran color crema, blancos o amarillos. Evidentemente primero durante mucho tiempo —siglos, quizás— habían estado expuestos al viento, lavados por las lluvias y cubiertos por la nieve, para al fin volverse secos, ligeros y sonoros. En cualquier caso, el palo en la fosa había dado con algo parecido a un montón de encajes multicolores. Sentado en el borde de esa fosa, el asistente de mejillas sonrosadas daba vueltas en las manos al cráneo de un caballo.

—Hola, hola, ¿hay alguien en casa? —llamó Kornílov en voz baja.

—Fíjese. —El asistente levantó repentinamente la cabeza—. Incluso la nuca está intacta. Y mire aquí... —Confió el cráneo del caballo al profesor, poniéndolo en sus manos.

Éste lo tomó, lo giró en uno y otro sentido y, con cuidado, lo depositó en el suelo.

—Sí —dijo, chasqueando los dedos—: Todo esto es muy pero que muy interesante. Permítanme presentarles, por favor. Éste es el jefe, Gueorgui Nikoláievich Zibin. Y éste... —Aquí dijo el nombre y el patronímico del asistente.

Artur Guérmanovich sonrió y se levantó.

—Hola —dijo—. Disculpe que no le dé la mano. Están sucias. Tengo una carta para usted de parte de Polina Yúrevna. Pero la dejé en el coche, en mi cartera. Si me lo permite, ahora mismo se la traigo...

Miró el cráneo del caballo con lástima y se fue. Zibin le siguió los pasos. Estaba tan estupefacto que ni siquiera hizo preguntas.

«Dios mío, Dios mío —exclamaba algo dentro de él—. Es Lina. Dios mío, Dios mío».

Fino y alargado, el sobre le recordó la mano enguantada de Lina.

Querido Gueorgui Nikoláievich,

Llevo aquí dos semanas. Le he estado buscando sin descanso, pero aún no he dado con usted. En Moscú me enteré de que trabaja en el museo; aun así, cuando me presenté allí su encantadora colaboradora no supo decirme nada excepto que se encontraba de expedición en alguna parte. Pero, gracias a Dios, me encontré con Vladímir Mijáilovich, y él me lo contó todo. Búsqueme, por favor. Probablemente le resulte más fácil a usted dar conmigo. Tengo teléfono en la habitación. El número se lo darán en la centralita. Hotel Almá-Atá, habitación 42. Me quedaré dos semanas más y sueño con pasear por las montañas con usted. Cierto, ya he estado con Vladímir Mijáilovich, pero sin usted. De hecho, quizá haya sido una buena cosa que usted no estuviera. Ahora tengo una idea totalmente precisa de dónde y de cómo vive; de lo contrario me habría distraído con su charla. Pero ¿sabe qué me sorprende de veras? ¡Las montañas! Como el mar, en 1935. Por lo demás, quizá lo haya olvidado ya todo. Pero yo me acuerdo.

Espero su respuesta como agua de mayo.

Suya, Lina.

P. D. Pero ¿de verdad recuerda el mar? Es decir, ¿el mar, el museo de Anapa, el cangrejo debajo de la cama y todo lo demás? ¡Hubo aquellos días, Gueorgui Nikoláievich! ¡Me da miedo pensarlo! Así que llámeme, por favor. Una vez más, suya, Lina.

Metió la carta en el bolsillo.

—Polina Yúrevna tenía muchas ganas de verle —dijo Artur Guérmanovich con mucho respeto—. Incluso tenía previsto venir con nosotros, la estuvimos esperando media hora pero al parecer le surgió algún contratiempo.

—¿Ah, sí? —dijo Zibin, sin entender muy bien lo que le decía—. Así que... —No sabía qué decir ni qué preguntar.

—Fue así como ocurrió —explicó en detalle el asistente—. Vladímir Mijáilovich trajo los huesos al instituto con la petición de que los identificásemos e hiciéramos un informe. Naturalmente, lo enviamos al departamento de zoología. Allí se encontró con Polina Yúrevna. Ella acababa de llegar y estaba conociendo nuestro museo didáctico. Pues bien, vio el material óseo y cruzó unas palabras con Vladímir Mijáilovich. Le pidió que le enseñara todo sobre el terreno. Vino y los vio, se llevó algo al laboratorio. Luego presentó un informe al rectorado con copia al Instituto de Historia de Kazajistán. «Se ha descubierto una gran cantidad de material óseo perteneciente a ganado doméstico y anterior a cualquier tipo de hibridación. Considero necesario adquirir toda la colección». El profesor Dubrovski la apoyó. Se asignó una partida de dinero para este fin. Así que hemos venido a ver lo que estamos comprando.

—Bien —dijo Zibin, volviendo en sí—. ¡Muy bien! Ahora lo entiendo todo. —De repente le entraron muchas prisas y empezó a agitarse. Bueno, iré a llamar a Polina Yúrevna ahora mismo, si no la oficina cerrará y... Vuelva allí, por favor. Enseguida me reuniré con usted. Haré la llamada y volveré a toda prisa. ¡Será sólo un minuto!

En la oficina, a la luz de una lámpara de mesa, el contable manipulaba el ábaco con aire melancólico. Zibin entró y, sin pedir permiso, levantó el auricular. Oyó ruido y una suerte de chisporroteo. A veces incluso parecía que llegaban fragmentos de palabras. Zibin colgó y descolgó varias veces el teléfono, pero no oía más que tormentas y descargas eléctricas. Luego eso también cesó y lo inundó todo un ruido uniforme y

algo poroso. «Como una concha marina», pensó vagamente. «Como una gran concha de mar». Y de pronto se imaginó caminando de noche por un sendero estrecho, a lo largo de una orilla escarpada, y a su alrededor nada más que oscuridad, sólo la esférica luz blanca de una linterna delante, mientras el mar hervía, se embravecía, borbotaba abajo. Una vez había dado un paseo así, con un cangrejo dentro de su *tubeteika*.⁷ El cangrejo era enorme, verde oscuro, irritable y punzante como un cactus. «Sí, ese cangrejo era todo un personaje», pensó. Como el ruido persistía en el auricular, lo dejó en la palanca. El contable hizo chasquear por última vez una bola de ábaco, suspiró y tiró el tablero sobre la mesa.

—Nuestro teléfono va cuando quiere —dijo, con una suerte de orgullo—. Llevamos dos años soportando este incordio. A veces hay que hacer una llamada urgente y nada, no hay manera.

Zibin lo miró. Preso de una cólera repentina, propinó un extraordinario puñetazo contra la palanca. Algo estalló en el auricular, explotó algo así como una burbuja y se reanudó el ruido. El mar volvía a estar allí.

«¿Por qué demonios tengo que ponerme así? —pensó, recobrando la lucidez—. Buen momento he escogido». Levantó el auricular, ahora ya casi sin control, y una mujer articuló con voz clara:

—Aquí la número dos.

—Número dos, hágame el favor —gritó, dando un salto—. Póngame con el Instituto de Veterinaria. ¿Qué número? ¡No importa, cualquiera! Información, póngame con Información.

El teléfono enmudeció, luego la misma voz dijo:

—No hay un número de Información. Le pasaré con el departamento de personal.

Nadie cogió el teléfono durante un buen rato. Después una voz de mujer se interesó por con quién quería hablar. Le preguntó cómo podía encontrar a Polina Yúrevna Potótskaia.

—Un segundo —dijo la voz—. Y de pronto oyó el repiqueteo de unos tacones apresurados: clac, clac, clac. «En el instituto

7. Corro típico de Asia Central.

solían llamarla *cabritilla*», recordó. El auricular tintineó y oyó un alegre «sí». Tomó aire. ¡Era ella!

Era su «sí». ¡Ahí estaba! ¡Se habían encontrado! Y había obtenido un nuevo «sí» de ella. Tan alegre y sincero como siempre. Y, como siempre, falto de significado, sin valor alguno.

—Buenos días, Lina —dijo—. Soy yo, Gueorgui. ¿Hace mucho que ha llegado?

En cuanto dijo su nombre, ella gritó, con una suerte de resentimiento: «¡Bueno, por fin!»... Por lo demás, una vez acabó la conversación no fue capaz de recordar cómo había empezado. Sólo le quedó la impresión de lo fluida que había sido, como si no hubieran pasado los años, los encuentros, las rupturas, las separaciones. Volvió en sí únicamente cuando ella empezó a hacerle preguntas—: Bueno, ¿cuándo vendrá por fin? ¡Tengo muchas ganas de verle!

—Dios mío, cuando le vaya bien —respondió—. ¡Ahora mismo, si quiere! —Y era verdad, estaba dispuesto, como un niño, a salir corriendo a la carretera y a subirse al primer camión que pasara.

Ella se echó a reír.

—Y yo que temía que hubiese cambiado. Pero no, hoy es imposible. ¿Los nuestros están ahí, con usted? ¿Está solo ahora?

—Sí —respondió—. ¿Por qué?

—Bueno, ¿y qué tal los huesos? ¿Bien? ¿Todo en orden?

—Muy bien —respondió él, aunque no comprendía nada. ¿De qué huesos hablaba? ¿Qué debía estar en orden?—. Todo está muy bien, no podría ir mejor —dijo.

—¿Y Volodia estuvo a la altura? Bueno, transmítale mis saludos. No conseguimos darle una sorpresa, al fin y al cabo. Escuche, conservador (aquí le llaman conservador. ¡Ay, me reí tanto cuando lo oí decir!). Siempre estoy libre a partir de las dos. Digamos que mañana, ¿eh?

—Perfecto —contestó, resuelto—. ¿Dónde?

Entonces ella adoptó un tono diferente, como en los viejos tiempos, como aquella vez junto al mar. Zibin incluso sintió que la sangre le latía en los oídos.

—Donde quiera, querido, donde quiera. Podría pasar a buscarlo por el museo.

—Sí —dijo de carrerilla—. Pase por el museo. —Luego lo pensó mejor—. Espere —le dijo—. En el museo no. ¿Conoce la entrada principal del parque, donde está la fuente? Bueno, pues allí. ¿Está bien? —Y al instante pensó que no, que no estaba bien, que allí había demasiada gente. Pero ella ya había respondido:

—Siempre me ha encantado esa escena al lado de la fuente. «Humillarme ante una orgullosa polaca».⁸ Brillante, como dice Volodia. Pero no tarde demasiado en llegar, ya sabe, yo, esperando allí, a la vista de todos...—En ese momento le gritaron algo de alguna parte—. Ya lo ve, alguien me lo ha so- plado: ¡joven, guapa y solitaria! Muy bien, de acuerdo, al lado de la fuente. Ahora dígle a mi profesor que se ponga al telé- fono. Dese prisa, necesitan el teléfono. Aquí todo el mundo tiene curiosidad por lo que está comprando.

Habían elegido un lugar excelente para celebrar la transacción de los huesos como es debido. Colocaron la mesa en lo alto de la ladera. En ese punto una pendiente húmeda y arenosa descendía a la carretera: no amarilla, más bien de un naranja oxidado, y cubierta hasta la misma cima de cañas, agracejos espinosos con redondas hojas violetas y una especie de bardanas pequeñas, bien formadas, nítidas y ordenadas como som- brillas chinas. Más allá de la carretera empezaban los pantanos de espargancio, terrenos ricos en nomeolvides, y el impetuoso Almaatinka en el que, entre la espuma y las salpicaduras, el es- truendo y el brillo, resplandecía al sol una enorme roca negra como un hipopótamo en pleno baño. En conjunto, ¡un lugar magnífico! Sol y sombra, brisa y frescura.

Mientras se acercaba, aunque todavía a lo lejos, Zibin oyó la voz del director; daba unos gritos atronadores. Eso es que estaba abroncando a alguien. «¿A quién?», pensó Zibin.

8. Alusión a *Borís Godunov*, de Aleksandr Pushkin.

Se acercó, oculto a la gente entre los manzanos. Todos estaban sentados y escuchaban. Sólo dormía el abuelo, que roncaba sin vergüenza, la cabeza apoyada en el tronco del manzano. Delante de Klara, sobre el mantel, había varias cajetillas de tabaco. «Pero si ella no fuma», pensó Zibin, confuso. Klara jugaba en silencio con el tenedor. A su lado estaba sentada Dasha, la sobrina del jefe de brigada Potápov, una chica pecosa, tierna y de tez sonrosada. Estudiaba cuarto curso de Arte Dramático, lo que Potápov no le perdonaba de ninguna manera. Nadie le quitaba el ojo de encima al director.

Había acabado de soltar una andanada y estaba haciendo una pausa para lograr un mayor efecto. Luego profirió un suspiro, agarró con el tenedor un aro de cebolla, lo masticó con frenesí y siguió diciendo en un tono diferente, ligero y estudiado:

—Y otra cosa, profesor Dubrovski, no piense que se trata de una cuestión sin importancia. Afirmar en una conferencia, delante de los estudiantes, que «el camarada Stalin se equivocó» es un auténtico crimen de Estado.

«Ah, por eso están tan callados», pensó Zibin y miró con inquietud a Kornílov: ¿estaba muy intimidado? No, al parecer no en especial. En cualquier caso, estaba sentado como todos los demás.

—Pero no fue así, no fue así de ningún modo —objetó el profesor, al borde de las lágrimas—. Mi hermano, a la pregunta de los estudiantes de si se podía considerar que la caída del Imperio Romano se produjo a consecuencia de la revuelta de los esclavos, respondió que...

—No importa. No importa en absoluto —lo cortó autoritariamente el director, haciendo un gesto de desdén con la mano—. ¡Lo importante es que dijo «no»!. Dijo «no» cuando el *Vozhd*⁹ había dicho «sí». ¿Y cómo podía ser de otra manera? ¿Qué significan las palabras: «No sé a qué se refiere Iósif Vissariónovich, pero el hecho es que, después de la Rebelión

9. «Guía», «Líder». Voz rusa utilizada para ensalzar a Stalin como héroe indiscutido y líder supremo.

de Espartaco, Roma existió quinientos cincuenta años más y se convirtió en un imperio mundial»? ¿Acaso el camarada Stalin no lo escribió de una forma rotundamente clara y sencilla? Los bárbaros y los esclavos hicieron caer el Imperio Romano. Por consiguiente, se trata de una verdad científica. ¿Sí o no?

—Sí, por supuesto —asintió, abatido, el profesor—. Pero...

—Por eso, claro está, su hermano fue detenido —concluyó el director, ahora muy inspirado—. Entiendo, ¡oh, y cuánto!, su reacción. Pero es la historia de siempre, ¿no? «Sé muy bien lo que pasa, pero, ¡chis!, esa rata es mi comadre». También al tío de esta chica, al hermano de su padre —el director apuntó a Dasha, sentada en el otro extremo de la mesa, con un gesto antiguo y amenazante—, lo han arrestado. ¿Creéis que su padre, un koljosiano, ha dudado un solo instante sobre si los órganos de seguridad se equivocaron? No, él dice: «Si arrestaron a Petia, debía haber algún motivo». Eso es lo que piensa un sencillo campesino o un koljosiano de su querido poder soviético. Pero nosotros, la *intelligentsia*, astutos y ladinos como somos... No se ofendan, estoy hecho de la misma pasta, por eso hablo de esta manera...

—Pero Stepán Mitrofánovich, al tío Petia lo arrestaron por parasitismo, por sabotaje. En cambio al hermano del profesor... —aventuró Dasha, cohibida, y se ruborizó.

—¡Ay, ay, ay! —Sacudió la cabeza el director, radiante y vuelto hacia ella de cuerpo entero—. Oh, tú, pérfida y sabihonda, ¿crees que hacer propaganda desde una cátedra universitaria no es sabotaje? Eso, querida mía, es peor que el sabotaje. Es subversión ideológica para corromper vuestras almas de cachorro, y por cosas como estas no dudaremos en arrancar cabezas. —Apretó con severidad el puño—. Porque no tenemos nada más querido en el mundo que vosotros, por pecosos y mocosos que seáis.

—Pero Stepán Mitrofánovich... —El profesor Dubrovski incluso se llevó la mano al pecho—, lo que dijo mi hermano no era más que la precisión de un historiador. No tiene nada que ver con la doctrina de Stalin...

—El camarada Stalin es el corifeo de todas las ciencias —proclamó con gravedad Kornílov y miró a Zibin (sólo él lo había visto)—. No corresponde a los historiadores hacerle precisiones.

—Claro, claro. —Lo miró con impotencia y empezó a barbotear el profesor, que ya no comprendía absolutamente nada—: ¡Un corifeo! ¡Estoy de acuerdo! ¡El corifeo de todas las ciencias! ¡No les corresponde hacerle precisiones! Estoy de acuerdo, ninguna... Pero cualquier minucia no puede...

—En la doctrina del camarada Stalin no hay minucias —decretó Kornílov igual de inflexible, mirando de soslayo a Dasha—. Y si a nosotros, intelectuales astutos y ladinos, nos diesen rienda suelta, probablemente...

Llegado este punto el profesor estaba tan aturdido que incluso dejó caer las gafas sobre la mesa.

—Y a ti, te ruego que te calles —ordenó brutalmente el director—. Sí, muérdete la lengua. ¡La tienes demasiado larga! Y con respecto a tu querido conservador, tres cuartos de lo mismo. Acabaráis metiéndooos en un buen lío un día de estos... («Bueno, lo que me faltaba», pensó Zibin, consternado). Y usted otra vez no me entiende. —Se volvió al profesor—. ¿Qué es aquí lo realmente importante? Lo importante es que él ahora ha intentado pincharme. Pero no, no lo conseguirás, querido. ¡Sí! La doctrina del líder es total e indivisible. ¡Sí! ¡No hay minucias en ella, por mucho que te la tomes a broma! ¡No se discute! ¡Se estudia! Como el abecedario en la escuela.

«Dios mío, Dios mío, qué está diciendo —pensó Zibin—. Y eso que es un tipo inteligente, pero...». Salió de detrás del manzano, aunque sólo lo vio Klara.

—Estamos en vísperas de la guerra —siguió diciendo el director después de una pausa, en un tono de voz completamente diferente, calmado y reflexivo—. De la guerra más terrible e implacable. El enemigo sólo espera la ocasión de encontrar una grieta en nuestra conciencia. ¡En su conciencia! —Señaló a Klara y a Dasha—. Porque es a ellos, a nuestros chicos y chicas, a nuestros hijos, a los que enviaremos primero a morir por

nuestro régimen. ¿Dejaremos que un hombrecito cualquiera envenene con esas ideas su conciencia recién formada? Pues si admitimos que el líder se equivocó en ese punto podría cometer más errores en el futuro. Significa que habló sin pensar, ¿no? ¿O habló sin saber? Eso tampoco es mejor. Cómo es posible tener por líder a un hombre si... ¡No, no, es del todo inconcebible! Usted, yo, él y ella podemos equivocarnos, pero el líder no. Él no puede. Porque es el líder. Tiene que guiar, nos guía a nosotros. «DE VICTORIA EN VICTORIA», como está escrito en el muro de vuestro instituto. Él es sabio, grande, genial, omnisapiente. Eso es lo que debemos pensar de él para vencer. Su hermano fue arrestado por cuestionar todas estas verdades aunque fuera en un único punto. Pero es un crimen y por él lo juzgarán. Eso es todo. Depende ya de los órganos de seguridad. Quizá tengan en cuenta su edad. Y, se lo ruego, no hable más de ello con nadie. Le pillarán en un renuncio y después... A ver, ¿dónde demonios se ha metido el conservador? ¡Nunca está cuando se le necesita!

—Estoy aquí —dijo Zibin. Y fue a sentarse en el taburete que le habían acercado.

Todos se callaron al instante y lo miraron.

Él también guardaba silencio, acodado en la mesa y con la mirada clavada en el mantel.

—¿Y qué artículo del código penal le imputan a su hermano? —preguntó al profesor.

Éste se disponía a abrir la boca.

—Pero ¿cómo lo va a saber? —exclamó el director ásperamente y fuera de sí—. La instrucción judicial está en curso. ¡Muy bien, tema zanjado! Klárochka, enséñele al conservador el descubrimiento que ha hecho el abuelo para nosotros, luego nos iremos. Parece que beberán ellos solos. ¡Seguro que no dejarán que críe moho!

Y Klara abrió la primera de las cajetillas de tabaco que reposaban en frente de ella.

Era oro; partículas de algo, escamas de cierta clase, bordes, láminas, amarillo claro, deslucido, opaco. Era auténtico oro funerario, el mismo que sale de las cuencas de los ojos cuando se arranca una calavera marrón de la tierra, el mismo que luce entre las costillas del esqueleto y que tapiza las tumbas. En conclusión, era ese oro de los arqueólogos que es imposible no reconocer. Zibin, abstraído, palpaba esos fragmentos en silencio. Los más grandes parecían una hoja amarilla de abedul. El mismo color, la misma forma cónica, delgada y puntiaguda. Luego las tomaba pieza a pieza y las volvía a depositar en la cajita, en su lecho de algodón. Sí, sí, era el mismo material que ya había tenido en varias ocasiones entre las manos. Una vez, el chófer le trajo un poco de quién sabe dónde; otra vez, una camarera de la cantina se lo había ofrecido. Pero ahora, sobre el algodón, había toda una montaña.

—Aquí hay un pendiente —dijo Klara, abriendo una caja de cerillas—. Mire el extraño motivo: un ratón muerde el vientre de un hombre sentado.

—¡Dale una lupa, venga! —ordenó, excitado, el director.

—Un fragmento de diadema —siguió diciendo Klara, levantando la tapa de una caja grande de puros—. Son tres piezas en total. Sólo hemos recuperado una.

A Zibin hasta le temblaban las manos. Era tan extraordinaria. La pieza consistía en una lámina repujada de oro dividida en dos franjas. La franja superior representaba un dragón cornudo, con el ágil porte de un felino, sobre sus patas flexionadas. Estaba enroscado, los dientes al descubierto. Cada colmillo del animal, meticulosamente cincelado. Abajo se veía un cabrito. Una pequeña y vivaracha criatura, un *teklík*, como lo llamaban por esos lares. Estaba sobre un montículo de tierra o una colina y parecía contemplar horizontes lejanos. Tenía las pezuñas recogidas, el hocico vigilante. Además, un vuelo de cisnes, y también emprendían el vuelo faisanes, ocas y otros pajarillos. Aparte, como encaramado al capitel de una columna, se veía un formidable caballo alado, pero no un Pegaso, sino un pequeño caballo de Przewalski. Surcaba el cielo

otro caballo similar que cabalgaba una mujer joven. El viento le levantaba el cabello de modo que formaba una suerte de casco. La inclinación de la amazona expresaba la impetuosidad del vuelo, cómo cortaba el aire sibilante. La segunda franja estaba ocupada por un arabesco, bastante confuso: algas o hierbas tumbadas por el viento.

Todo delataba la mano de un maestro, los dedos de un genio acostumbrados a moldear, a cortar y a esculpir. Zibin nunca había visto algo comparable.

—¿Análogos? —preguntó Kornílov—. ¿China?

Zibin se encogió ligeramente de hombros.

—Y ¿entonces?

—No lo sé —respondió Zibin—. Es decir, China por supuesto que no. Los dragones chinos son reptiles, serpientes. Aquí tenemos un felino con cuernos, un tigre de Baljash.

—¿Se ha fijado en los pequeños agujeros de abajo? —preguntó Klara, mostrándoselos—. La diadema acababa con un velo que cubría la cara.

La miró, como absorto en sus pensamientos.

—Sí, una corona de oro con dragones y un velo nupcial —dijo, imaginándose su aspecto—. Una novia. Una princesa de sangre y sacerdotisa.

—Una hechicera —aseguró Kornílov—. Los chamanes siberianos tienen adornos parecidos.

—Sí, quizás una hechicera —admitió Zibin—. El inventario de los accesorios funerarios nos lo confirmará. El cráneo también. Pero es muy joven... —siguió diciendo, pensativo—, la versión de la hechicera parece poco probable. Aunque... —Abrió ligeramente los brazos—. ¿Qué sabemos de ellos? ¿De ella? ¿Qué era? Casi es fruto de nuestra imaginación.

—Os lo ruego, no descartéis la opción de que fuera una hechicera —imploró Kornílov—. Quiero decir, qué maravilla: una joven bruja de la Edad del Bronce, melena al viento, cabalgando un dragón en un cielo vespertino. ¡Zh-zh-zh! Chovas y cuervos huyen a su paso. ¡Kra-kra-kra! ¡Una estela de humo ciega los ojos! Su rastro de fuego abraza las montañas. Y ella

lleva un velo de novia, una corona de oro... —Miró al director—: ¿No es una maravilla?

—¡Ya te daré yo a ti! —dijo el director con una sonrisa mientras agitaba un dedo amenazante—. Vigila con tu lengua.

—¿Está custodiado el lugar del hallazgo? —preguntó Zibin—. ¿Estuvo allí, Stepán Mitrofánovich? ¿Qué es? ¿Un kurgán? ¿Una tumba?

—Bien. —Se levantó el director con dificultad—. Ven mañana y tú mismo lo verás. Vendrán también esos queridos buscadores de tesoros. Tengo sus pasaportes¹⁰ en mi escritorio. ¡Trae también a dos o tres trabajadores con palas! Y mañana ni una gota. ¡Beba hoy! Vámonos, profesor.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —A Zibin por poco se le cayó el trozo de diadema—. Profesor, Polina Yúrevna está esperando que se ponga al teléfono. ¡Dios mío, Dios mío, cómo pude olvidarlo! ¡Vamos, deprisa, deprisa!

Pero el profesor ya se estaba levantando con aire sombrío y se calaba las gafas.

Un ligero temblor sacudía sus manos. Había recuperado el dominio sobre sí mismo: adusto, resentido, quizá también un poco ebrio, naturalmente. Oro arqueológico, dragón cornudo o hechicera... Nada de eso le afectaba lo más mínimo: no tenía que ver con su área de especialización.

—Aquí está Artur Guérmanovich, él irá con usted «deprisa, deprisa» —dijo con agria cordialidad—. A mis sesenta y cinco años, deprisa, deprisa es... Además, ¿de qué sirve correr? —Miró a Zibin y movió la cabeza—. Pero ¿cómo pudo actuar así, eh? —dijo con hastío—. ¡Se trata de trabajo, querido, de trabajo! Tenemos que ponernos de acuerdo para vernos mañana. ¿Dónde voy a encontrar ahora a Polina Yúrevna? Oh, cómo es todo con vosotros... Eso es porque siempre es deprisa, deprisa, deprisa...

10. Se refiere a los pasaportes «internos» que entraron en vigor en 1932 con la finalidad de controlar el lugar de residencia de todos los ciudadanos soviéticos, pues cada cambio de domicilio o estancia de más de tres días debía ser notificado a la policía.